

La estética como campo de disputa política

Olga Amparo Sánchez Gómez

Casa de la Mujer

¿Por qué detenerse a reflexionar sobre la estética cuando el país enfrenta enormes desafíos políticos, sociales y económicos? La pregunta puede parecer secundaria, pero en realidad remite a una dimensión de la política. Durante los cuatro años del gobierno del presidente Gustavo Petro, la estética del presidente y de su familia se convirtió en objeto permanente de burlas, caricaturas y comentarios sarcásticos. Incluso, ciertos personajes que se autodenominan defensores de la democracia alcanzaron reconocimiento público a partir de sus parodias sobre la estética presidencial y, por extensión, sobre la estética que llegó al Palacio de Nariño.

La respuesta está en comprender que la estética nunca ha sido un asunto exclusivamente privado. Toda sociedad construye una estética que define qué cuerpos son aceptables, qué maneras de hablar son legítimas, qué emociones pueden expresarse públicamente y cuáles deben permanecer contenidas.

Ese debate reactivó viejos estereotipos sobre el buen gusto y el mal gusto. Una vez más se intentó ordenar el mundo entre lo elegante y lo vulgar, lo aceptable y lo rechazable, aquello digno de reconocimiento y aquello susceptible de convertirse en objeto de ridiculización.

En ciertos sectores de las élites, incluso el dolor tiene un modo correcto de manifestarse: se espera sobriedad y control emocional. En cambio, cuando los sectores populares expresan el dolor desde el cuerpo, el llanto o la presencia colectiva, esas mismas manifestaciones suelen calificarse como exageradas, vulgares o "corronchas". Lo que en unos se interpreta como refinamiento, en otros se convierte en motivo de estigmatización.

Algo similar ocurre con los territorios y las expresiones culturales. Durante décadas se consolidó la idea de que ciertos barrios representaban el progreso, mientras los sectores populares eran asociados

únicamente con la carencia. Del mismo modo, la cultura dominante subordinó las expresiones populares al llamado arte culto, estableciendo jerarquías entre unas formas de creación consideradas superiores y otras apenas toleradas. Sin embargo, las luchas de pueblos étnicos, comunidades afrodescendientes, artistas, teatreros, teatreras, artesanos, artesanas, gestoras y gestores culturales permitieron reconocer que la cultura popular también produce belleza, lenguajes propios y formas legítimas de interpretar y habitar el mundo.

La estética también expresa relaciones de poder económico y político. Durante mucho tiempo las élites construyeron una idea de distinción basada en la herencia, los apellidos, ciertos consumos culturales y una relación discreta con el lujo. El privilegio no necesitaba exhibirse porque ya estaba socialmente reconocido.

La irrupción del narcotráfico alteró ese orden simbólico. El dinero dejó de requerir legitimidad histórica y comenzó a exhibirse como una fuente de legitimidad en sí misma. El lujo se hizo visible mediante mansiones, vehículos, joyas, cirugías estéticas, marcas ostentosas y fiestas exuberantes. Pero sería un error reducir esta estética únicamente al narcotráfico. Muchas de esas formas fueron absorbidas por el neoliberalismo y potenciadas por la cultura digital, donde las redes sociales normalizan la exhibición permanente del éxito económico, del cuerpo perfecto, del consumo y

del lujo. Lo que antes se identificaba como "*estética narco*" hoy aparece, muchas veces, bajo el discurso del emprendimiento, la influencia digital y el éxito individual.

Por ello vale la pena plantear una hipótesis para el debate: en los próximos años no solo estarán en disputa los derechos, las instituciones o el modelo económico. También estará en disputa la estética.

No se discutirá únicamente quién gobierna o qué políticas se implementan, sino también qué cuerpos pueden representar al país, qué formas de vestir y de hablar son consideradas legítimas, qué expresiones culturales pueden ocupar los espacios de poder y qué estética tendrá derecho a representar esa mal llamada "unidad nacional" y la idea de "patria milagro" que pretende instalar el gobierno del presidente electo Abelardo de la Espriella.

La disputa no será solo contra quienes piensan distinto. También buscará desplazar de la representación pública las estéticas asociadas a sectores populares, progresistas y diversos, restaurando como modelo legítimo la estética de las élites tradicionales.

Existe, además, un mecanismo de legitimación que resulta revelador. Las élites suelen celebrar que políticos y políticas, artistas, futbolistas o diseñadores y

diseñadoras provenientes de sectores populares o sectores medios accedan a símbolos históricamente reservados para el privilegio, siempre que no cuestionen el orden establecido. Pero ese permiso desaparece cuando esos mismos sectores disputan también el poder político y simbólico. Entonces aparecen preguntas cargadas de juicio moral: "¿No era de izquierda? ¿Qué hace usando unos Ferragamo? Como si determinados objetos tuvieran propietario de clase y la coherencia política pudiera medirse por el precio de unos zapatos o por los símbolos de estatus que cada quien exhibe.

La hegemonía que busca reconstruirse no consiste únicamente en recuperar el control del Estado, de la economía o la cultura. También requiere reinstalar una hegemonía estética. Ningún proyecto de

dominación se sostiene solo mediante la fuerza. Necesita que aprendamos a admirar determinados modos de vida y a despreciar otros. La obediencia no se produce únicamente desde el miedo; también se construye desde el deseo, desde aquello que una sociedad aprende a considerar bello, aspiracional y digno de reconocimiento. Por eso la estética nunca es un asunto superficial: constituye uno de los campos donde se disputa la hegemonía política y cultural de una sociedad.



NOS PUEDES CONTACTAR EN:

WEB: www.casmujer.com

EMAIL: coordinacion@casmujer.com

ISSUU: <http://issuu.com/casmujer>

